

CAPÍTULO XI

MISIONES EN AMÉRICA.

Si la raza india no fué exterminada enteramente, no es á la compasion de los españoles, ni á su cansancio á lo que se debe, sino al caritativo celo de los sacerdotes y obispos, á los cuales las leyes españolas confiaron el cuidado de velar por la vida y libertad de los naturales, en cuyos protectores legítimos se constituyeron. Tal fué, en efecto, la tarea de que se encargaron; otros llegaron después de Europa con el designio de convertir á los americanos, y el primero que atravesó el Atlántico con este objeto fué el benedictino catalan Bueil, á quien una bula pontificia del 24 de junio de 1493, designó para aquella mision, con otros doce sacerdotes.

Otros muchos se precipitaron siguiendo su ejemplo. Los dominicos, instituidos principalmente para la predicacion, acudieron pronto á ejercerla en el Nuevo Mundo; lo mismo aconteció con los franciscanos, agustinos, capuchinos y lazaristas; pero sobre todo los jesuitas, orden que estaba aun en el vigor de la juventud, animados con el deseo de sobrepasar á los demás en celo y en sufrimientos, se dedicaron á aquella obra con un ardor particular, y encontraron donde desarrollar su propio carácter, mezcla de obstinacion y flexibilidad. Dejaremos á otros el cuidado de disculpar á los jesuitas en la época en que sufrieron el contagio de las cortes; nuestro deber será siempre admirarlos, cuando un sacrificio sublime los hizo consagrarse al consuelo de los que sufren.

Después de las perfidias y atrocidades que acompañaron al descubrimiento, el ánimo se solaza al fijarse en estos héroes, los cuales, llenos de viva compasion por la degradacion del hombre, y por las miserias á que lo reducía la ignorancia propia ó la avidez de otros, hicieron holocausto de sus vidas y placeres para llevarles la verdad, arrojando ya las crueldades de la barbarie, ya la obstina-

cion de las preocupaciones y siempre la repugnancia de la naturaleza humana, no sostenida por esperanzas de gloria ni por la vanidad de padecer intrépidamente ante una admiradora multitud. Hoy se hacen las expediciones científicas con grande aparato; pero entonces el misionero partía para conquistar un mundo sin más instrumentos que la cruz y el breviario. Y no bastaba el valor en empresas en que no se trataba sólo de matar y dominar á los pueblos, sino que se requería tambien ciencia para convertirlos, hablar en su lengua, secundar sus costumbres y el giro de sus ideas; refutar sus antiguas creencias, y saber exactamente hasta qué punto la moral y la religion pueden condescender con la costumbre y las preocupaciones.

En medio de aquellos rios en que desaguan otros inmensos; en medio de aquellos bosques ilimitados que desembocan en otros bosques vírgenes; en aquellas praderas sin fin en que el hombre se pierde como en medio del Océano, el misionero, á merced de los elementos, rodeado de fieras y reptiles venenosos, lo mismo que de hermosísimos pájaros, penetraba por sendas que ni la avaricia se había atrevido á pisar, dirigiéndose en busca de conversiones ó del martirio. Sólo Dios veía al franciscano con su tosca túnica y los pies descalzos, ó al jesuita con su gran sombrero, sus negros hábitos, el crucifijo en la cintura y el breviario bajo el brazo, recorrer aquellos bosques vírgenes, atravesar los pantanos con el agua hasta la cintura, encaramarse á las escarpadas rocas, penetrar en las sangrientas tinieblas de las cuevas y precipicios expuestos á ser presa de las garras del tigre, de las mordeduras de la serpiente ó de la glotoneria del indio que podría creerle una carne apetitosa. Si alguna de estas cosas sucedía, el misionero espiraba alabando al Señor, y otro com-

fiere que seguía sus pasos, al encontrar los restos dejados por el canibal ó el ave de rapiña, los sepultaba, entonaba su oracion al mártir, plantaba en aquel sitio una cruz y continuaba su camino dispuesto á sufrir igual suerte.

Acostumbrado el salvaje á no ver al europeo acercarse á él más que para arrebatarle su oro, su mujer ó su libertad, se admiraba al aspecto de aquellos hombres que nada pedían; se admiraba tambien de la intrepidez con que desarmados, afrontaban la muerte; de la constancia con que sufrían los tormentos más refinados y se apiñaban en rededor del sacerdote, que, apenas sabiendo algunas palabras del dialecto hablado por la multitud que le rodeaba, les enseñaba una cruz y el cielo. ¿Era un mago? ¿Venía del cielo? Un nuevo encanto percibían en sus palabras y le escuchaban atónitos cuando les invitaba á dejar la vida errante, los matrimonios múltiples, los banquetes humanos y á unirse en la santidad de la familia y de la sociedad. ¿Quién no recuerda la fábula griega de Orfeon y Anfion? Los misioneros proveíanse muchas veces de instrumentos armoniosos, y surcaban los rios llenando el ambiente de sencillas melodias. Con este nuevo prodigio los salvajes acudían de las llanuras y los montes, y se arrojaban al rio para seguir á nado la navicilla que le atrevesaba, entonando los himnos de la Iglesia, con lo cual empezaban á gustar los placeres que proporciona el vivir en sociedad, y procuraban desde luego imitar estos cánticos al rededor de la cruz ó de la efigie de Maria.

Muchas tribus ni aun tenían las palabras *Dios* y *alma* que había que darles á conocer por ideas materiales; otras, indiferentes á toda religion, no habían recapitado jamás en los deberes de ninguna de ellas, y la mayor parte tenían costumbres opuestas á la predicacion, como la ligereza infantil, la orgullosa gravedad, la brutal venganza y los continuos incestos que eran los enemigos que bajo diferentes formas tenía que combatir el misionero. La dulce piedad, la moral pura y una fe incontrastable eran las armas de que podía disponer. Para buscar á los salvajes tenía que seguir sus huellas por cuevas profundas, aventurarse en medio de los rios sobre algunos maderos, lo cual apenas se atrevían á hacer los salvajes mismos, aunque eran muy semejantes al anfibio, ó por bosques cuyos habitantes les prendían fuego algunas veces luego que los veían dentro, y atravesar muy á menudo doscientas ó trescientas leguas por senderos fragosos y prados inaccesibles para reunir el rebaño. Una vez que les encontraban, tenían que hacerse á sus repugnantes comidas, como ranas casi crudas, caza aun sangrienta, dormir en sus fétidas cabañas, labrar tierras vírgenes con instrumentos de madera, trabajar á destajo mientras les contemplaba el ocioso salvaje, enseñarles todos los oficios, destruir el origen de su glotoneria y darles una idea de lo que menos podían comprender que era la Providencia.

Al separarse de una tribu, siempre dejaban en ella algunas máximas de moral y ejemplos que imitar. Un misionero que acompañaba varias familias indias fuera del país asolado por los iroqueses, escribía lo que sigue: «Somos sesenta, tanto hombres como mujeres y niños, y todos sin fuerzas ya. Las provisiones están en la mano del que alimenta las aves del aire. Parto cargado con mis pecados y mi miseria, y tengo gran necesidad de que se ore por mí.» Estos hombres que se sacrificaban, no podían aguardar ninguna recompensa en este mundo, ni siquiera la que resulta de la certidumbre de ser útil; y después de una vida llena de fatigas, abandonaban la tierra con la triste conviccion de haberse esforzado en vano en domar instintos feroces. El jesuita Vasconcellos, tratando de convertir á una vieja en su lecho de muerte, le espuso los artículos de la fe, las leyes de la caridad, después trató de saber de ella si quería algun alimento; pero ni el azúcar ni los demás generos de Europa le incitaban; lo que únicamente deseaba, lo que pedía con instancia, era una mano de un niño que roer. Comunmente se le oía contestar: *No queremos un paraíso donde hay europeos.*

No hay necesidad de preguntar si aquel nuevo territorio fué fecundado con su sangre. Los jesuitas cuentan trescientos mártires entre sus hermanos en el siglo xvii y los que visitaron sus colegios encontraron largos corredores cubiertos de retratos, no de aquellos que se insinuaron cerca de los troncos, sino de los que perecieron propagando la civilizacion con la cruz en la mano.

En medio de aquellas santas penalidades, los misioneros conservaban la mayor tranquilidad de alma. Los más capaces de ellos dirigían á sus jefes la relacion de sus trabajos. Estos relatos, impresos después con el título de *Cartas edificantes*, son un monumento notable para todo el que está exento de las preocupaciones, y en los que, sin fijarse en la gloria mundana del estilo, la sencillez de la exposicion añade un nuevo adorno al heroísmo. No olvidaban tampoco la ciencia del mundo, y algunos compilaban diccionarios que sirvieron de base á la lingüística; otros enseñaban el uso del chocolate y de la quina; éstos indicaban posiciones comerciales excelentes, aquellos encontraban tierras nuevas. Un jesuita halla en Tartaria una mujer hurona que había conocido en el Canadá, y sacó en consecuencia la proximidad de ambos continentes al Noroeste, antes que Behring y Cook diesen la certeza de ser así.

Poseían tambien el entusiasmo que abraza á los corazones puros al espectáculo de la naturaleza; y uno de ellos exclamaba viendo las majestuosas selvas que existen en el rio de las Amazonas: *¡Que hermoso sermón estas selvas!* Otro escribía: «Caminé hácia adelante sin saber adonde llegaría, sin encontrar un alma que pudiese indicarme el camino. A veces encontré en medio de las selvas sitios encantadores. Todo lo que el estudio y la industria

del hombre pueden imaginar para hacer un lugar agradable, no puede sostener la comparación con las bellezas que sólo la naturaleza ha acumulado allí. Estos admirables sitios que recuerdan las ideas que tenía otras veces leyendo las vidas de los antiguos solitarios de la Tebaida. Ocurrioseme en el pensamiento de pasar el resto de mis días en aquellas selvas donde la Providencia me había conducido, para no ocuparme allí más que de mi salvación, extraño á todo comercio con los hombres. Pero, no siendo dueño de mi suerte y estándome indicadas las órdenes del Señor, por las de mis superiores, deseché aquella idea como una ilusión.»

En las Antillas, los misioneros se opusieron tanto como pudieron al esterminio de los naturales; después se esforzaron en dulcificar la suerte de los pobres negros, sin, no obstante, disimular sus defectos; y los religiosos eran los únicos que se atrevían á quejarse de los detestables ejemplos dados por los católicos. En Méjico, un principio de civilización y alguna conformidad en las tradiciones mitológicas y el cristianismo facilitaron la obra de los que iban á sustituir el Dios de los vencedores á los ídolos de los vencidos. Ya la cruz brillaba como objeto de culto en los altares: el águila del imperio cedió su puesto á la paloma, las religiosas sucedieron á las castas hijas del sol. Torquemada valúa en seis millones el número de individuos bautizados desde 1524 á 1540; y no hay porqué admirarse, en atención á que los reyes y los caciques dieron el ejemplo. Clemente VII envió á Martín de Valencia á Méjico con doce frailes menores; y Hernán Cortés asistía á sus predicaciones, para darles más crédito. Reunióse en Méjico un concilio en 1524 para arreglar las cosas de la religión, bajo la presidencia de Martín. Abolióse la poligamia, y se intimó á cada uno presentarse al bautismo con una sola mujer para no conservar después más que aquella. Hubo otro concilio en 1555; pero el más célebre es el de 1585, que sirvió siempre de base á la disciplina en aquellos países. Permitiase entonces elevar al sacerdocio, con cierta circunspección á los naturales que se habían escluido hasta entonces, por temor de envilecerle (1).

Los mejicanos conservaron y conservan un vivo afecto y un reconocimiento constante á los misioneros y pastores. Aun recuerdan al obispo Las Casas, patrono de los indios, y á Bernardino Ribera de Sahagún, que sugirió la idea de fundar un colegio, donde reunió más de cien mancebos indios destinados á propagar la fe entre sus compatriotas. El jesuita Gonzalo de Tapia, que salió de Méjico, se internó á varios centenares de millas á Occidente, aprendiendo las lenguas y amansando multitud de tribus salvajes, hasta el país de Cinaloa. En 1680 los jesuitas dirigieron setenta misiones en Méjico, donde era preciso luchar incesantemente

(1) Véase la nota 1 al fin del Libro.

contra la inestabilidad de los indígenas y la desconfianza de los españoles, tratando al mismo tiempo de destruir la esclavitud, que por otra parte retardaban los progresos de la fe.

Los reyes de España gozaban allí, como hemos dicho, de la más estensa jurisdicción; nombraban para los beneficios y empleos, traficaban con las bulas y las indulgencias, que fué uno de los principales ramos de sus rentas. Ninguna bula era recibida en América sin aprobación del Consejo de Indias. El clero no tuvo que luchar en las colonias como en Europa con la autoridad civil, sino que trató eficazmente de mejorar la estirpe indígena y mezclarla con la advenediza, como había hecho en Europa con los vencedores y vencidos. Estableció la igualdad en la Iglesia; empleó el Evangelio para extirpar la triple preocupación de la naturaleza, de la superstición y del tiempo, y se unió con el pueblo contra la oposición del gobierno de la metrópoli. Hasta las leyendas se utilizaron para elevar la opinión que se tenía de los indios: á uno de ellos se le apareció la Virgen en la montaña de Guadalupe, en Méjico, que había llegado á ser un santuario protector de los vencidos: el compasivo Palafox y Mendoza, al ver morir de sed á un indio que le acompañaba, hace que se abra una fuente para que beba, y el padre Mendiola, que se niega á firmar como juez la sentencia de otro indio, se halla con que en aquel mismo instante le elevan á la dignidad episcopal. Si los individuos del clero querían pasarse á la India, no se lo podían impedir los magistrados. Ellos no pudieron pedir privilegios á la absoluta España por la conquistada América; pero dividiendo la población en hermandades, hicieron inviolables las personas y las propiedades de los indios, reuniéndolas en un cuerpo religioso, y declarando sacrilego al que atentase contra él. Al mismo tiempo, los países confinantes establecían misiones que llegaban á ser centros de nuevos países conquistados.

El mal causado en el Perú por el fanático celo de Valverde, fué reparado por sacerdotes llenos de mansedumbre, cuyo apostolado fué más fácil desde el momento en que los mismos Incas doblegaron la frente bajo el agua del bautismo. Toribio, promovido por Felipe II al arzobispado de Lima (1580), encontró allí todos los males que resultaron de la crueldad y avaricia de los conquistadores, la guerra civil entre ellos, la opresión de los naturales, la corrupción de todos. No menos pronto en hacer cargos que en derramar consuelos, tanto en el fondo de las grutas como en la cima de las montañas y en el interior de las ciudades, aseguró la disciplina eclesiástica, y sufrió con intrepidez las persecuciones de los gobernadores del Perú. Verificó tres veces la difícil vuelta á toda su diócesis, no pensando ni en las fatigas ni en las privaciones, y renovó enteramente la iglesia peruana, que tardó poco en ser señalada con los méritos de Rosa de Lima.

Los padres de la Merced fueron introducidos

en Chile por Pedro de Valdivia. Después, hacia 1553, tocó la vez á los dominicos y franciscanos; los jesuitas lo consiguieron en 1593, en tiempo de Martín Loyola, sobrino de su fundador. Los misioneros operaron en Bogotá con actividad estremada; entrados en el país en compañía de los feroces conquistadores, convirtieron primero á Sagamoxi, pontífice supremo del culto idólatra, cuyo ejemplo arrastró á multitud de los suyos; les persuadieron también el unirse á España, é hicieron todos sus esfuerzos para sustraerlos á la ferocidad avara de los conquistadores (2).

Los capuchinos fundaron varias ciudades en el territorio de Venezuela y hasta las orillas de Orinoco, donde aun no habían penetrado. En este punto dejaron de misioneros dos jesuitas, Ignacio Laure y Julian de Vergara, que permanecieron allí hasta 1576 en que los neófitos fueron dispersados por una expedición holandesa. Otros misioneros llegaron allí de Cataluña en 1687, y en el espacio de quince años formaron tres pueblos en la provincia y dos en la isla de la Trinidad. Después de ellos llegaron otros que siguieron sus huellas.

Capuchinos aragoneses fundaron las misiones de Santa María de Cumaná, á la extremidad de la punta de Parí; los padres de la observancia la que se estiende desde allí hasta el Unara; en fin, todo el territorio llamado en el día Colombia estaba sembrado de ellas. Los jesuitas construyeron iglesias y aldeas á lo largo del río de las Amazonas, donde convirtieron á los mosquitos y á las tribus vecinas. El padre Cipriano Baraza descubrió con irreibles esfuerzos un camino á través de las cordilleras, para ganar desde allí el Perú y obtener coadyutores.

La misión de la Florida fué tan estéril, como gloriosa en mártires. Cinco dominicos que penetraron en ella en 1549, fueron asesinados en 1565. Marchando Pedro Menéndez á la conquista de aquel país, quiso llevar consigo jesuitas; pero abandonados en aquella region inhospitalaria y desconocida, fueron muertos. Otros jesuitas que llegaron cuatro años después sufrieron la misma suerte; y las tentativas que se sucedieron no tuvieron resultados duraderos.

No tenemos intención de seguir paso á paso aquellas conquistas de la cruz. Bastará decir que á principios del siglo XVII, la América contaba ya cinco arzobispados, veinte y siete obispados, cuatrocientos conventos (3), catedrales magníficas, de las cuales una de las más hermosas era la de los Angeles. Los indios se complacían extraordinariamente en la pompa de las ceremonias católicas; era para ellos una felicidad ayudar á misa,

cantar en el coro, adornar las iglesias con follajes y flores de selva. Al mismo tiempo los jesuitas enseñaban por todas partes la gramática y las artes liberales, y habían reunido un seminario á su colegio de San Ildefonso, en Méjico, ciudad donde, como en Lima, se había establecido una universidad. Así fué como la conquista se trasformó en misión, y los asesinatos cedieron el puesto á la civilización.

Ya hemos dicho á qué miserable condición se hallaba reducido por el sistema de las encomiendas españolas el vasto país situado entre el Perú y el Brasil, y que á causa del río que le atraviesa se llama el Paraguay. En estos hermosos lugares se encontraba el hombre en toda la rusticidad de su decadencia no contrarestanda por la civilización; desnudo, feroz, antropófago y odiando todos aquellos trabajos que son el instrumento concedido por la Providencia para la reforma del hombre. Ya muchos misioneros, y principalmente los mínimos francisco Solano y Luis de Bolaños, habían acudido á civilizarlos: pero su celo había sido coronado generalmente por el martirio y sus frutos eran muy escasos, cuando el franciscano Francisco Victoria (1586), obispo de Tucuman, se dirigió á los jesuitas que tanto habían trabajado en el Perú y el Brasil. Anchieta, provincial de los de este último país, mandó inmediatamente á Santiago los padres franciscanos Angulo y Alfonso Bárcena en unión del lego Juan Villegas (perdonennos los maestros si nos creemos obligados á consignar estos nombres después de haber dado cuenta de los de los primeros conquistadores) que ya muy prácticos en las misiones, daban esperanzas de obtener abundantes frutos.

Las misiones de los jesuitas en el Paraguay son la más hermosa página de su historia, y fueron una de las principales causas de su supresión. Pronto recorrieron el país, enseñando y convirtiendo; y por su mansedumbre, que contrastaba con la ferocidad de los españoles, acostumbraban á los salvajes á comprender que no era una misma cosa cristiano y asesino, como se lo habían persuadido. La primera cosa que había que hacer era aprender su lenguaje, y cada tribu tenía su dialecto particular. Los jesuitas hicieron una elección de las expresiones que parecían usadas en el mayor número, y se formaron una lengua general, en la cual pudieron escribir con ayuda de un alfabeto inventado espresamente por ellos.

Sin fanatismo, sin intolerancia, se insinuaban por la dulzura corrigiendo los vicios, y sobre todo el de la embriaguez, que los indios debían al ejemplo de los europeos. Aquellos pueblos antropófagos tenían la costumbre de engordar á sus cautivos antes de devorarlos. Los jesuitas se inclinaban á aquellos desgraciados como más dispuestos á abrir su alma á los pensamientos de otra vida, en el momento de abandonar ésta. Los salvajes veían con disgusto sus caritativas asiduidades, diciendo que la carne de sus víctimas perdía el

(2) En el Compendio de la Historia, continuación de la del Segur, edición de Milan, da lástima ver como el autor, decidido adversario de los misioneros, se irrita contra los hechos que no puede desmentir.

(3) HERRERA, Descripción de las Indias, p. 80.

sabor con el bautismo. Arreglábanse, pues, los jesuitas de manera de administrarle clandestinamente, y provistos de un lienzo mojado, tocaban cualquiera parte del cuerpo, pronunciando las palabras sacramentales.

Hacia cierto tiempo que los jesuitas habían concebido la idea de experimentar en toda una parte del Nuevo Mundo si era posible civilizar á los habitantes por el cristianismo, en lugar de esterminarlos con la espada. Comenzaron, pues, por pedir la libertad de los indios que pudiesen reunir, la influencia que ejercían sobre los reyes hizo acceder á su demanda: tuvieron necesidad de toda esta destreza, de toda aquella constancia de que el mundo les hace un cargo, para reprimir las quejas de los colonos que querían conservar la esclavitud, para obtener el ser en el desierto los mártires de la libertad y de la civilización. Tuieron particular cuidado con los guaranos, habitantes de la provincia de Guahiro, pueblo estúpido y supersticioso, pero afecto al terruño por la agricultura, lo que hacía se resistiese con una feroz tenacidad á la usurpación de los extranjeros, y en su consecuencia, le esponía á las atrocidades de los españoles y de los portugueses. Los padres llegaron á ofrecer á aquellos salvajes una celosa protección contra sus verdugos, un trabajo menos penoso, y echaron entre ellos los primeros fundamentos de su memorable república. Ya el franciscano Bolaños, discípulo de san Francisco Solano, había fundado allí una pequeña comunidad, á la cual se unieron los jesuitas; y poco tiempo después podían anunciar á sus superiores que doscientos mil indios estaban dispuestos á recibir el bautismo. Admiróse la España al ver que procedimientos tan diferentes á los suyos, consiguiesen familiarizar á los que ellos no habían sabido más que asesinar; entonces decretó el rey que ya no se conquistarian aquellas poblaciones de otra manera que por la persuasión de la palabra, ni serían reducidas á esclavitud.

El resultado obtenido por los jesuitas los animó á consolidar su obra, y reconocieron que el único medio de conseguirlo era reunir á los indios y aislarlos de los españoles. Era menos difícil amansar la barbarie que vencer la feroz corrupción de los europeos, y sustraer á los nuevos convertidos á su avaricia. Pidieron, pues, que se les concediese, tanto por el obispo como por el gobernador, entera facultad de reunir á los cristianos en distintos lugares, y regirlos á su modo sin ninguna dependencia de las ciudades coloniales vecinas; edificar iglesias, oponerse en nombre del rey á todos aquellos que, bajo un pretexto cualquiera, quisieran pervertir á los neófitos para emplearlos en servicio personal de los españoles. De esta manera es como preparándolo todo para la civilización de los naturales, se atraían la irreconciliable enemistad de los que defendían en su ambición y en su avaricia, impidiéndoles repartirse los indios en encomiendas. Los padres Cataldino y Maceta fundaron á

Loreto, entre los guaranos, sobre el Parapaneme, afluente del Parana, la primera parroquia, ó como la llamaron, *reduccion*, formada de doscientas familias.

Pronto se aumentó el número de las reducciones, y hubo expediciones de otra clase, que tenían por objeto convertir. Desde 1593 á 1746, los jesuitas habían fundado treinta y tres en el Paraguay, entre los guaranos, los chiquitos y los moxas, desde el 12° de latitud hasta el pie de los Andes del Perú, dándoles una constitución sin ejemplo en la historia. La Iglesia se convertía en el núcleo de la colonia; y todo el que ha podido ver con qué habilidad saben los jesuitas elegir las más hermosas situaciones en nuestros países para establecer sus casas, conocerá que lo desempeñaban con felicidad cuando nada lo impedía.

Las *reducciones* se construyeron, pues, en posiciones admirables y con frecuencia á orillas de un curso de agua, con casas de piedra de un solo piso, dispuestas en cuadro en rededor de la plaza pública, donde se encontraban la iglesia, la casa de los jesuitas, el arsenal, el granero comun, el hospicio para los extranjeros. Cada pueblo tenía á su cabeza un cura, persona de consideración en la compañía, se ocupaba de la administración, mientras que el teniente cura desempeñaba las funciones espirituales. Todos dependían de un superior revestido por el papa de poderes muy estensos, hasta el de administrar la confirmación.

Se habían separado enteramente de toda dependencia del gobierno, tomando á su cargo todos los gastos de la colonia; el mismo gobernador nombrado por el rey, dependía del superior de la misión. La voluntad del cura hacía ley, los colonos le estaban sometidos como los hijos al padre en las familias patriarcales, y todas las mañanas escuchaba sus quejas y hacía justicia.

Los niños eran educados en dos escuelas, una para las letras, la otra para la música y el canto, en que adquirieron tanta habilidad que fabricaban toda clase de instrumentos. Todos debían aprender á leer y escribir; pero les estaba prohibido saber la lengua española, con el objeto de que las relaciones no corrompiesen su natural sencillez. Con la misma idea se había establecido que ningun extranjero pudiese detenerse más de tres días en las misiones. Sin embargo, se estudiaba la disposición de los niños: unos estaban destinados á la agricultura, que sujetaba al terruño las tribus vagabundas; los demás á las diferentes artes, tanto para las obras de utilidad como para las de adorno. Sólo los jesuitas eran sus maestros. Las mujeres trabajaban en las casas, separadas de los hombres, recibiendo cada semana la lana y el algodón, que devolvían hilado el sábado. Algunas, sin embargo, desempeñaban también trabajos de agricultura en lo menos penoso que tienen. Si un joven manifestaba disposiciones particulares, se le iniciaba en las letras y en las ciencias en una congregación donde los discípulos seguían un curso de es-

tudios en el retiro y en el silencio, para formar sacerdotes y magistrados.

Al romper el día, el sonido de la campana anunciaba la hora de levantarse, y todos acudían á la iglesia á invocar al Criador; por la tarde la campana los reunía también en la iglesia; y el día que pasaban en el trabajo, comenzaba y concluía con cantos piadosos.

Cada familia tenía un pedazo de tierra que le era designada en proporción á sus necesidades, además de la *posesion de Dios*, cultivada en comun en interés de todos, para suplir la escasez ó las malas cosechas, y proveer á los gastos de la guerra, al sostenimiento de viudas, huérfanos y enfermos; el resto se aplicaba al culto, y se disminuía del escudo de oro con que cada familia debía contribuir al rey de España. La cosecha se depositaba en comun en almacenes á disposición del cura, lo cual excluía la emulación al mismo tiempo que la avaricia y las pasiones que escita. Las cosas necesarias á la vida no se compraban en el mercado, sino que se distribuían en días fijos por misioneros á los jefes de familia, según el número de personas. La carne se daba diariamente en la carnicería, excepto los días de ayuno.

La explotación de las minas en medio de aquella industrial actividad que á todo se estendía, era lo único que estaba prohibido, por el horror que inspiraba por los males que había producido en otras partes. El trabajo era poco penoso y aliviado con distracciones. Apenas duraba la mitad del día, rodeado de un aparato de fiestas del género de las que se han indicado por Fourier para sus futuras y simpáticas falanges. Los labradores se iban al campo al son de los instrumentos, precedidos de la efigie de su santo protector, que colocaban en una cabaña de follaje, para que su presencia bendijese fatigas que nada tenían de forzadas.

La venta de la yerba del Paraguay, especie de té, de gran uso en América, procuraba á los colonos los medios de enriquecer las iglesias, que no sólo adornaban con cuadros, sino también con guirnaldas renovadas con frecuencia, y perfumaban en las grandes fiestas con aguas de olor y flores deshojadas. Los vasos sagrados eran de oro y plata, enriquecidos con piedras preciosas; y en la época de las solemnidades, que eran con frecuencia, y que se celebraban con gran pompa, había fuegos artificiales, arcos triunfales adornados con flores; se veían figurar también aves, leones, pescados, como si cada criatura hubiese debido mezclarse á los conciertos de alabanza que se tributaban á Dios. El cementerio era un campo plantado de cedros y cipreses. El mismo cuidado para seducir las imaginaciones se hacía notar en las insignias brillantes con que estaban condecorados los magistrados, así como el pensamiento que hacía dar á estos reclutas de la civilización la diversion de los torneos, representaciones escénicas y bailes. Se impedía el libertinaje casando jóvenes á los in-

dios; y los dos sexos permanecían separados en la iglesia, en el trabajo y en la casa. Las mujeres tenían por traje una camisa blanca sujeta á la cintura, con los brazos y las piernas desnudas, y el cabello suelto; los hombres usaban el traje de los castellanos, excepto el que se ponían para trabajar, una camisa blanca: la del color rojo era la señal distintiva del valor y de la virtud.

La asamblea general de los ciudadanos elegía (probablemente á propuesta de los misioneros, y de seguro bajo su influencia) un cacique para la guerra, un corregidor para la justicia, regidores y alcaldes para que cuidasen del buen gobierno y de las obras públicas. Los ancianos elegían después un fiscal, que tenía un registro de los hombres aptos para llevar las armas; un *teniente* encargado de la vigilancia de los niños, los llevaba á la iglesia y á la escuela é inquiría sus defectos y buenas cualidades. Se nombraba un inspector para cada barrio, otro visitaba los instrumentos agrícolas, y daba órdenes obligatorias para la siembra y demás trabajos de los campos, con objeto de vencer la natural indolencia de los indios.

Bajo esta paternal dirección no era posible casi ningun delito entre ellos; las trasgresiones de la ley se castigaban la primera vez con una severa reprehension, y la segunda con una penitencia pública en la puerta de la iglesia; el azote se reservaba para la tercera, pero nunca se encontró que nadie lo mereciese. El perezoso era condenado á un exceso de trabajo en el campo comun, lo cual hacía que el castigo fuese en beneficio del público.

El misionero debía ser á la vez el brazo y la cabeza de estos indios, incapaces de pensar, de calcular ni de prever nada por sí mismos. En un país como éste, donde se ignoraba todo, necesitaba hacerse arquitecto y obrero, pintor y cocinero, médico y jardinero, panadero y barbero, alfarero y administrador. Tenía que predicar todos los días; apenas dejaba la sobrepelliz, tomaba el delantal del albañil, y no sólo tenía que dirigir todas las cosas, sino también trabajar personalmente para enseñar desde el primer hachazo en los bosques, hasta el cultivo de las rosas que debían adornar la frente de Maria.

«El misionero, dice el tirolés Sepp, se levanta al amanecer y va á la iglesia á consagrar una hora de meditacion en presencia del Altísimo. Si encuentra otro sacerdote en la iglesia, se confiesan mutuamente. Sin embargo, al tocar el *Ave Maria* y al primer rayo del sol se celebra la santa Misa, á la que asiste con devoción la multitud, y después se hace una oración general en acción de gracias, concluida la cual se retira el misionero para oír las confesiones. Después principia la explicacion del catecismo á los jóvenes de ambos sexos, cuya tarea es en extremo pesada, como es fácil de suponer. Apenas concluye esta instrucción, va el padre á visitar los enfermos, fortificándolos con la administración de los Sacramentos y

preparándolos en lo posible a una muerte cristiana, al mismo tiempo que se desvive por cuidarlos, aplicándolos sangrias, ventosas ó cualquiera otro remedio, y suministrándoles los alimentos convenientes. Luego va á una escuela á enseñar á leer y escribir á los muchachos, y á otra á donde aprenden las niñas á hilar, hacer media y coser; allí da sus lecciones, interroga á los discípulos, y confía lo demás á los indios de más capacidad. El padre debe también dirigirlo y ordenarlo todo en la escuela de música, aun cuando obtiene con frecuencia un auxilio oportuno. Pasa después á los talleres, á las obras ó á los hornos de ladrillo y al despacho del pan y de la carne, que suministra diariamente en cantidad necesaria á toda la comunidad; desde allí va á visitar los herreros, carpinteros, tejedores, escultores, torneros y demás artesanos.

»Pero no debe perder tiempo, porque los enfermos no tardan en distribuir á los enfermos los alimentos prescritos. Llega la hora de comer, y el padre se sienta á una mesa frugal para ocuparse de sí mismo hasta las dos, á cuya hora da la campana la señal del trabajo, que bien pronto quedaria interrumpido ó descuidado, si no esperasen al padre en todas partes, el cual, lo mismo por la tarde que por la mañana, se presenta en casa de los artesanos y al lado de los enfermos, en casa de los grandes y de los pequeños, dando en todas partes impulso y ejemplo, hasta las cuatro de la tarde en que el pueblo es llamado á la iglesia. Se reza el rosario, que es muy útil, particularmente para recordar al alma los santos misterios; después vienen las letanias, y enseguida un detallado examen de conciencia. Concluidas las devociones se da sepultura á los muertos: el resto del día se concede para las distracciones convenientes; pero si este momento de descanso no lo emplea el misionero en hacer la visita á los enfermos, lo emplea en meditaciones piadosas ó lo consagra en probar un ligero sueño.»

Los jesuitas habian organizado para la defensa una milicia urbana de á pié y de á caballo, que hacia el ejercicio todos los domingos, guardaba los límites del territorio, que no podian traspasar los extranjeros, y en caso necesario rechazaba los ataques hostiles. Si se aproximaba alguna nueva tribu á la congregacion, salia el cura á su encuentro acompañado de muchos neófitos que conducian rebaños. Encantados casi siempre de lo que veian, se detenian y aceptaban los víveres y la promesa de poderlos obtener todos los días con tal que se acomodasen al género de vida de los colonos sus hermanos. Por lo comun se dejaban persuadir y enseguida eran distribuidos entre las diversas reducciones.

Los enemigos más funestos de estos establecimientos eran los gobernadores de la Plata y del Paraguay, que hubieran querido poder ejercer allí una autoridad absoluta, y los mamelucos, es decir, los mestizos limítrofes, que se apoderaban de los

neófitos para venderlos como esclavos. Destruyeron tres ó cuatro aldeas, y viendo los jesuitas que continuaban sus devastaciones, imploraron del pontífice la autorizacion necesaria para hacer uso de las armas de fuego, y luego que la obtuvieron opusieron á los invasores una milicia aguerrida, que vino también en auxilio de España en sus guerras con Portugal.

No hay nada peor que un gobierno patriarcal para los hombres de una civilizacion avanzada; pero cuando el individuo, no teniendo todavía conocimiento de lo que puede ni de lo que vale, necesita estar constantemente vigilado, es para él el primer grado en el orden social. Así que, después de haber visto en otras partes asesinatos, hogueras y perfidias innobles, nos atrevemos (perdónenme los filosofos) á excusar á los jesuitas, si es cierto que se engañaron recurriendo á las flores, á las fiestas y á los cuidados paternales, nos atrevemos á no condenar las esperiencias de un gobierno que fué tratado no sólo en el papel como los de los utopistas, sino puesto en ejecucion por espacio de siglo; nos atrevemos por fin á hallar menos culpable la ambicion de civilizar que la de esterminar. No ignoramos las enormes inculpaciones dirigidas contra los jesuitas en el último siglo; se les ha criticado que dejasen besar su sotana, que admitiesen fácilmente á los salvajes, no sólo al bautismo sino también á la eucaristia, y de haber llegado hasta hacer apalea á algunos magistrados prevaricadores, y sobre todo el haber querido depender lo menos posible de esa España que regia sus colonias con el auxilio de procedimientos tan distintos. Además, habiendo mandado el rey á Bernardino de Cárdenas, obispo de la Ascension, á visitar los curatos de los jesuitas para asegurarse si se observaba bien en ellos el concilio de Trento y la supremacia real, se dice que le opusieron muchos obstáculos, de lo que resultó una lucha que costó mucha sangre, y en la cual los dos partidos creyeron tener razon (4).

Los numerosos enemigos de los jesuitas tomaron de aquí pretexto para darles terribles ataques, afir-

(4) Véase las *Cartas edificantes*, 27 volúmenes. CHARLEVOIX.—*Historia del Paraguay y del Canadá*. Paris, 1756.

MURATORI.—*El cristianesimo felice nelle missioni del padre della compagnia de Gesù nel Paraguay*. Venecia, 1743.

MARTIN DOBRISHOPFER.—*Historia de Apibonibus, equatri bellicosaque Paraguariæ natione, locupletata copiosis observationibus*. Viena, 1784.

FELIX DE AZARA.—*Viaje á la América Meridional, que contiene la descripción geográfica, política y civil del Paraguay y del rio de la Plata*. Paris, 1809.

GREGORIO FUNES.—*Ensayo de la historia civil del Paraguay, Buenos Aires y Tucuman*. Buenos Aires, 1816.

WILTMANN.—*Historia universal de las misiones católicas* (aleman, 1839).

mando que la república del Parnay era en un centro, á cuyo rededor se disponia nada menos que á organizar una monarquía universal. Suposicion más bien estúpida que maligna, pero que no era permitido poner en duda sin incurrir en el epíteto de supersticioso y de fraile. Y yo también, si miro á mi alrededor, debo condenar esta obra como todas las de los jesuitas, ó ser condenado. Pero no es el miedo uno de mis defectos y mucho menos ante un fantasma creado por sombríos filósofos, que (creo que sin conocerlo) prestan auxilio á una tiranía más fuerte y real con sumergir el mundo en el temor, la desconfianza y el odio; cosas que son oportunas para el envilecimiento y la servidumbre.

Los indios que habian sido tratados como hijos por los jesuitas, luego que quedaron éstos suprimidos, fueron tratados como esclavos por los españoles, y el Paraguay muy desgraciado hasta que la América se emancipó de la dominacion de la metrópoli. Entonces se declaró independiente de Buenos-Aires el criollo doctor José Gaspar Rodríguez Francia, y basó sobre las ideas jesuíticas un gobierno arbitrario (1827), aun cuando se hizo asistir por cuarenta y dos representantes del pueblo. Fué reconocida su autoridad por el emperador del Brasil, y es bien sabido el cuidado con que aquel excluía á los extranjeros. Su desenfrenada tiranía no fué conocida hasta que murió. Es un hecho que los jesuitas dejaron en el Paraguay quinientos mil indios, y que diez años después quedaron reducidos á cien mil: hoy está desierto (5).

Los jesuitas se esparcieron desde el Paraguay hacia el Occidente, en medio de los lulos, omagas, diaguitas, quiñianos, calcegos y gualcueros; pero sacaron poco fruto. Salieron mejor librados en los países de Uruguay y del Parana inferior, así como entre las tribus guerreras de los chichitas, al Noroeste del Paraguay. Los siete pueblos que tenian en el Brasil, y que en la época de la supresion de la orden contaban treinta mil neófitos, quedaron reducidos en 1821 á tres mil. El feliz éxito obtenido por los jesuitas en el Paraguay escitó á España á adoptar los mismos medios en la Patagonia,

habiendo enviado allí á los padres Quiroga y Cardiel que obtuvieron pocas ventajas.

También se debe á los misioneros jesuitas la cultura de la Nueva y Vieja California. La esterilidad del terreno habia hecho desistir á los españoles de la idea de colonizar la península en 1534, época de su descubrimiento. Antes de morir Felipe IV habia mandado someterla, pero faltando los medios de ejecucion se retardó hasta 1677. El almirante don Isidoro de Atondo fué entonces encargado de reconquistarla; pero costó tan caro, y produjo tan poco esta expedicion, que renunció á ella la corte. Eusebio Francisco Kühn, profesor de matemáticas en Ingolstadt, curado de una enfermedad á consecuencia de un voto, fué á dirigir las misiones de Sonora, provincia contigua á la California: reunió los misioneros, restableció la paz entre los naturales que se hacian la guerra, escribió catecismos en los diferentes dialectos, y obtuvo que quedasen exentos de la servidumbre durante cinco años los que se convirtiesen, y fundó la ciudad de Loreto.

Fué secundado en esta empresa por los padres Goñi y Juan Maria Salvatierra, superior de las misiones de Taharuma. Aun cuando el gobierno y la Compañía de Jesús se oponian á una empresa que parecia imposible, obtuvo al fin el permiso para ir á conquistar esa indomable California, casi sin armas y sin otros recursos que los de la caridad. Los misioneros tuvieron que combatir allí la barbarie, la supersticion y las preocupaciones que los indios habian concebido muy justamente contra los europeos. Pero Salvatierra aplacó estos hombres feroces y sombríos; más de una vez necesitó emplear la fuerza de sus brazos contra algunos seres ignorantes que no comprendian más que este género de superioridad, siendo coronada con el mejor éxito su infatigable actividad. Desde que se formaba una comunidad suficiente para la reunion de neófitos, se sembraban y plantaban de viñas los terrenos á propósito y se poblaban de ganados; y desde que se habian construido casas en lugar de tiendas, el padre superior elegia los tres más instruidos y nombraba al uno síndico, al otro catequista y al tercero sacristan, con encargo de explicar el catecismo en la lengua del país y de dirigir las oraciones. Salvatierra introdujo también en este país la forma del gobierno patriarcal, imponiendo á los naturales un mismo traje. El sacerdote tenia para cada mision un soldado; un capitán de la guarnicion estaba encargado de los negocios civiles y militares. Cerca de treinta comunidades estaban regidas por procedimientos tan sencillos, que no fué perdido el bien que esto produjo, aun después que los jesuitas fueron espulsados de este país (6).

(6) Robertson, adversario constante de los jesuitas, los acusa de haber presentado á la España la California como un país que nada producía, siendo así que decían que era

(5) Tengo en las manos los *Travels in the interior of Brasil principally through the Northern provinces and the gold and diamond districts, during the years 1836-41* (Londres, 1846) del inglés Dr. GARDNER. Y dice: «Los jesuitas dejaron en las clases baja y media un recuerdo de gratitud que se trasmite de padres á hijos. Están persuadidos de que su supresion fué una calamidad para el país, y nunca hablan de ellos, sino con veneracion y entusiasmo. Los sacerdotes que les sucedieron no continuaron la obra de la Compañía de Jesús. Más de una tribu india del Brasil que en tiempo de los jesuitas habia renunciado á la vida salvaje para abrazar el cristianismo, volvió á caer en el triste estado de que tan trabajosamente habia salido. Sean cualesquiera los motivos que se atribuyan al celo de esta corporacion, el hecho es que sólo está juzgada por sus buenas obras.»

Los misioneros obtuvieron también grandes ventajas entre los salvajes del interior del Perú, donde sometieron á la España el vasto país de los mainas, límite de las pampas del Santo Sacramento, y se adelantaron hácia el Ucayal, donde establecieron, á costa de grandes fatigas, colonias muy florecientes en el siglo pasado, hasta las márgenes del Manoa. Su destrucción, después de la abolición de la compañía de Jesús, reanimó á los salvajes del gran Pagonal, que hicieron escursiones y devastaron audazmente las inmediaciones.

Las obras públicas llevadas á cabo por los misioneros, y tales que pueden asemejarse á las de los príncipes más suntuosos, nos prueban lo que puede la persuasión pacífica. El padre Francisco Tembleque con los convertidos de Cempoala concluyó en Méjico un acueducto de treinta y dos millas que atraviesa tres valles con tres larguísimos puentes. En 1788 un párroco de Novita hizo abrir un canal á los suyos entre el río Atrato y San Juan de Chocó en la Nueva Granada, dos ríos que desembocan uno en el mar Pacífico y otro en el Atlántico, de modo que resolvió el problema que hoy nos agita tanto de poner en comunicación los dos Océanos; pero los ministros celosos mandaron cegar el canal.

No fueron menos maravillosos los resultados obtenidos por las misiones francesas. El jesuita Crevilli fundó la de Cayena; y los hermanos Ramette y Lombard penetraron en medio de las lagunas de la Guayana, donde humanizaron los galibis á fuerza de aliviar sus miserias. Algunos niños educados por ellos evangelizaron á sus ancianos padres, que se reunieron en Kuru donde había construido Lombard una miserable cabaña. Habiéndose aumentado el número, desearon tener una iglesia, ¿pero cómo construirla sin tener ninguna idea del arte? ¿Cómo pagar los mil y quinientos francos que pedía un carpintero de Cayena? Los galibis se obligaron á construir siete piraguas cada una de valor de doscientas libras; las mujeres hilaron algodón para formar el resto; se dieron á un colono veinte salvajes en calidad de esclavos por el tiempo que estuviesen ocupados en serrar madera dos negros que él había prestado, y por fin se elevó un templo á Dios en el desierto convertido.

muy rico después de su espulsion. ¡Admirable modo de raciocinar! Dice también que cuando se abolió la orden, tenían los jesuitas en Nueva España treinta colegios, casas de profesos y residencias; diez y seis en Quito, trece en Nueva Granada, diez y siete en el Perú, diez y ocho en Chile y otras tantas en Paraguay; en todo ciento doce, con dos mil doscientos cuarenta y cinco sacerdotes y novicios. Hé aquí cómo se espresa en otra parte: «Se observará que todos los autores, más ó menos severos respecto á la vida licenciosa de los monges españoles, alaban unánimemente la conducta de los jesuitas que, educados bajo una disciplina más perfecta que los otros, y celosos del honor de su sociedad, vivieron siempre de una manera irreprochable.»

Historia de América.

Trabajaron también en la viña del Señor los carmelitas, capuchinos y predicadores de la orden de San Luis, y los curas se hicieron misioneros en cada uno de los nuevos establecimientos que se formaban.

El Canadá estaba habitado por poblaciones de un carácter feroz que tenían residencias fijas y un gobierno particular; no se admiraron al ver las armas europeas ni les cobraron miedo. Sólo buscaban á los extranjeros para procurarse armas, dispuestos á volverlas contra ellos en la primera ocasión. El jesuita Cunemundo Masse se consagró durante medio siglo á trabajar este terreno que no halló nunca ingrato. Juan de Brebeuf se internó entre los hurones; el padre Samuel Rasles llevó con paciencia y alegría infinitas fatigas por espacio de treinta años, durante los cuales tuvo que sostener la concurrencia con los ingleses, que trataron de introducir en el país misioneros protestantes, y en una irrupción que hicieron sus soldados, sacrificó su vida para salvar á su grey. Los misioneros penetraron entre los iroqueses y los hurones, que no eran superiores á los animales feroces sino por una inventiva más fecunda en su crueldad. El padre Jacobo fué el primero que llegó entre ellos y sufrió el martirio: los que le siguieron supieron amansar estos salvajes y hacerlos dóciles para con la Francia, á la cual conservaron el país á pesar de la mala administración y de la falta casi absoluta de prevision. Los misioneros eran después reverenciados como *hombres de la oración*, y los salvajes los creían en comunicación con el Ser Supremo, y versados en el arte de los encantamientos; la rigidez de su celibato principalmente, hacia que los considerasen como superiores á los mortales. Las hijas de la caridad fueron á ayudarles en esta obra santa, y su casta piedad les hizo pasar como seres celestiales. Las penitencias exageradas á que se entregaban los iroqueses una vez convertidos, y que se resentían mucho de su barbarie primitiva, exigieron nuevos esfuerzos para moderarlos.

De tiempo en tiempo se lanzaban los salvajes sobre las colonias, y cometían horribles asesinatos: el misionero entonces se apresuraba á bautizar y absolver los moribundos, hasta el instante en que él mismo recibía el golpe de muerte. Una vez se sublevaron los iroqueses y lo asolaron y quemaron todo hasta Quebec; el padre Lamberbille permaneció en su puesto, y á fuerza de persuasión obtuvo alguna tregua y los convenció de la conveniencia de mandar embajadores al gobernador, según éste mismo deseaba; los que se presentaron con esta misión fueron presos, encadenados y conducidos á Francia. Lamberbille, que era enteramente extraño á esta perfidia, estaba en poder de los salvajes y se creyó perdido. Tuvo que sufrir agrias reconvenções de los iroqueses; pero se manifestaron convencidos de que no había tenido parte alguna en esta asechanza, y le facilitaron en su consecuencia los medios necesarios para ocultarse y sustraerse de la venganza de una multitud irritada.

A los peligros que tenían que temer hasta entonces los misioneros, vinieron á agregarse los nuevos que produjo el cisma que dividió la Iglesia, pues los protestantes se vengaban con intolerancia de la intolerancia de que eran víctimas á su vez. Cuarenta jesuitas que navegaban hácia el Brasil, fueron apresados por el calvinista Jacobo Sourié y muertos en medio del mar con horrorosa crueldad y feroces insultos.

Misiones protestantes.—Las nuevas iglesias quisieron tener también sus misioneros que asistiesen á los descubrimientos y á las conquistas, principalmente á las de los ingleses. Se establecieron muchos en la Nueva Inglaterra. Juan Helliot multiplicó las conversiones en el Massachussets, y fundó colonias cuyos habitantes aprendieron de él á vestirse y á labrar la tierra. Secundado por Mayhew, pudo aumentar el número de aquéllas hasta once, que eran las existentes en 1647. Según los términos del reglamento que habían introducido, el que permanecía ocioso por espacio de quince días, sufría una multa de cinco chelines; de veinte el libertino que mantenía relaciones ilegítimas con una mujer libre; de cinco, la mujer que no se recogía sus cabellos ó no se cubría el pecho: todo jóven que no fuese esclavo debía formar una plantación y trabajar en ella, casándose para este fin. Pasamos por alto otros reglamentos que tenían por objeto hacer que los colonos adoptasen el género de vida inglés.

En el día se prosigue con ardor la obra de las misiones protestantes auxiliada con los recursos abundantes que le proporciona una sociedad establecida en Inglaterra. Pero el predicador va allá con su mujer é hijos, por cuya razón no hay que admirarse si le falta la resolución necesaria para esponerse al martirio, y si se limita á ser un maes-

tro de moral con intenciones más rectas que generosas. Esta sociedad imprime Biblias á millares, y calcula los resultados obtenidos según el número de ejemplares distribuidos á gentes que apenas saben leer, entre las cuales recibe las más extrañas interpretaciones la palabra misteriosa y la relación mística.

El centro de las misiones católicas es Roma, que ha instituido para dirigirlas la congregación de la Propaganda (*Propaganda fide*); de allí salen esos centinelas avanzados de la verdad, en su mayor parte franciscanos y agustinos, para la América meridional y para el Asia posterior; capuchinos para el Asia superior y el Africa; carmelitas para la Palestina; lazaristas para la América septentrional, y padres del Oratorio para Ceilan. Pero las rentas de esta congregación no pasan de trescientos sesenta mil florines, suma muy insuficiente para dirigir misioneros á todos los puntos del globo. Esta congregación ha sido auxiliada por algunas instituciones recientes, como el Seminario de misiones extranjeras en París y la sociedad Leopoldina en Austria, para la América septentrional; pero sobre todo por medio de la *Propagación de la fe*, instituida en Lion en 1822, la cual llama á todos los católicos á asociarse á esta empresa piadosa mediante la módica contribución de un sueldo por semana, pero esta corta limosna multiplicada por el gran número de suscritores, produce cada año sumas considerables que sirven para auxiliar las misiones (7) y para esparcir la relación impresa de las generosas escursiones de estos héroes de la fe y de la caridad.

(7) En 1844 reunió 3.562.000 fr., y sin embargo, en muchos países, como en Austria, está llena de trabas, y hasta prohibida por el gobierno.